



el tlacuache

S U P L E M E N T O C U L T U R A L

A 75 de años de la creación del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), *descentremos* los procesos de patrimonialización para poder conservar nuestra memoria diversa

Arqlogo. Raúl Francisco González Quezada

Quiénes nos dedicamos a investigar, conservar y difundir el llamado patrimonio cultural de nuestro país de manera cotidiana e institucional-nacional, hemos escuchado y en muchas ocasiones también enarbolado, una frase hecha que intenta desarmar al interlocutor, que lo asalta para que no tengan más opción que aceptarla como axiomática: “Debemos conocer para querer, y querer para conservar nuestro patrimonio cultural”, se asegura de manera casi imperativa. Esta frase se deja oír en múltiples discursos, en afanosas tareas de discusión frente a actores sociales de todas índoles e intereses, con la pretensión de que en efecto, se reconozca la utilidad social de la investigación y de la conservación del llamado patrimonio cultural. Regularmente se asume que todos entendemos qué es y cómo se constituye el patrimonio cultural. En el estado nacional mexicano se alude sin mayor mediación sobre el asunto, a categorizar como parte constitutiva de este patrimonio, a las zonas arqueológicas, los monumentos históricos, los contextos paleontológicos, las obras de arte de personajes reconocidos en el ámbito nacional, las festividades, las llamadas artesanías, los rituales públicos de las comunidades indígenas, la gastronomía, etc. Sin embargo, poco nos detenemos a considerar qué es y por qué es así el patrimonio cultural. De qué depende que algo sí sea y algo más no. Quiénes deciden sobre esta categoría, cómo y por qué lo hacen. Al final, los procesos de patrimonialización tienen consecuencias sobre lo que se describe, se registra, investiga, se difunde y conserva, y de ello, depende en mucho que se reitere.

El patrimonio cultural existe como realidad social, no se trata de un efecto de la llamada Modernidad, aunque en efecto, ésta ha tenido consecuencias en su configuración, más no en su esencia. Como especie, desde el momento en que se desarrolló el proceso de hominización y surgió como efecto la noción del *pretérito* en nosotros, surgió la idea del tiempo. Los primeros tratamientos mortuorios realizados por nuestros primeros antepasados homo sapiens suponen la capacidad para considerar el pasado como condición abstracta, que ya habían alcanzado las actividades superiores del cerebro humano, el muerto importaba el acontecer de los vivos al grado de enterrarlo y ritualizar el acto. Es esta capacidad para considerar el pasado lo que define ontológicamente la posibilidad de la heredad, de *lo heredado*.

Lo heredado no son sólo objetos, sino prácticas sociales también, tanto al nivel cultural como en niveles más abstractos de la sociedad. *Lo heredado* es el conjunto de formas y contenidos sociales que son legadas generacionalmente, incluye el total de efectos tanto de organización para la producción, para la reproducción y el sistema de valores de una sociedad determinada. Todo momento histórico desarrolla procesos de patrimonialización mediados por las contradicciones económicas, políticas, de género, de grupo de edad, y de campo práctico. Así, al final, se reconoce solo una parcialidad de *lo heredado*, como el llamado patrimonio cultural, que sirve de base para procesos de desarrollo identitario diferencial.

El cómo logra cada sociedad determinada resolver el decurso de procesos de patrimonialización, depende de la estructura general que tiene cada sociedad para la producción. En la medida en que el nivel mayor de contradicción se encuentra en esta esfera, se desarrollan procesos de patrimonialización hegemónicos frente a otros de carácter subalterno.

A manera de ejemplo sobre los procesos de patrimonialización hegemónicos, podemos observar que, para la reproducción del capital ampliado en el caso



Indígenas observando el Penacho de Moctezuma. Antiguo Museo Nacional de Antropología. ca. 1955. Fotografía: Archivo Histórico del Museo Nacional de Antropología-CONACULTA- INAH.

del Capitalismo, el proceso de patrimonialización mantiene una propensión a fetichizar elementos de *lo heredado*, los cuales son llevados frecuentemente al campo de una esfera instrumental para desarrollar proyectos del llamado “desarrollo turístico”; una ruinoso hacienda henequenera de origen virreinal o posterior en Yucatán o Campeche, es relevante de conservar en el sentido en que sea factible de transformarse en un Hotel Boutique, igual que una Zona Arqueológica como Chichén Itzá, tendrá la ominosa posibilidad de ser considerada como marco de un proyecto como el denominado Disneylandia Maya, propuesta que habitó durante largo tiempo en la cabeza de la cúpula política yucateca. Mientras que en sociedades precapitalistas, los procesos de patrimonialización también existían. Múltiples ejemplos tenemos en sociedades como la mexicana tenochca que se apropiaba de objetos provenientes de excavaciones o de procesos de anticuarismo que le posibilitaron la capacidad de incluir en su repertorio ritual, objetos provenientes del Preclásico Medio, de sociedades de más de dos mil años atrás en el tiempo, y con mayor amplitud, de Posclásico Temprano, objetos Toltecas refuncionalizados en sus templos; procesos ambos, basados en la producción simbólica asociada al ejercicio del poder político como legítimo por cargar con la heredad de un pasado mítico y poderoso.

El proceso de patrimonialización es un proyecto siempre inconcluso respecto a *lo heredado*, las magnitudes y calidades de ello son continuas en incremento y en complejidad, todo el decurso humano es heredad de las generaciones posteriores, porque es experiencia y memoria, es reflejo y posibilidad de reflexión. Pero no todo se puede registrar y menos, investigar. Es necesaria la escisión, la delimitación, la obligada decisión.

Sin lugar a dudas en el formato del capitalismo, los estados-nacionales son ordenados políticamente por la hegemonía nacional, y desde ahí surgen las instituciones que se dedican a decidir los procesos institucionales-nacionales de patrimonialización. En ese marco se inscribe la fundación del Instituto Nacional de Antropología e Historia aquel 3 de febrero de 1939 por mandato del Presidente Lázaro Cárdenas, y otra historia sería a partir de 1988 con la creación del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes y el impacto de las políticas neoliberales que han tenido impacto hasta la actualidad. Ya prematuros ordenamientos existieron cuando el país aún no se consolidaba como un estado-nacional pleno, apenas se había discurrido la independencia, cuando se habían fundado la llamada Junta de Antigüedades y el Museo Nacional Mexicano hacia 1825; pero aún no había capitalismo nacional. Sería hasta la cristalización de la Revolución Mexicana y el nacimiento del capitalismo nacional, los grandes procesos nacionalitarios de la riqueza nacional y la concentración del aparato rector del Estado, que surgirían las grandes instituciones plenamente nacionales como el INAH.

Desde entonces, así como la Historia en su papel de ciencia social debe decidir sobre qué es un *hecho histórico*, así la academia decide sobre qué es lo relevante para patrimonializarse desde la comunidad académica del INAH, al menos en lo que cabe a su competencia, que es en sí, demasiado. Y aunque el INAH es solamente una institución más de investigación, pues existen muchas más en el país, por mandato político en el pacto nacional, se encarga de un universo asombrosamente amplio de temas y situaciones problemáticas posibles. Solamente consideremos todo lo antropológico, lo arqueológico, lo étnico, lo histórico, lo etnohistórico, lo antropológico físico y lo paleontológico; esto es, desde hace millones de años antes del poblamiento del continente americano, hasta hace unas decenas de miles de años que existen las primeras ocupaciones humanas, y de ahí, hasta el siglo XVIII, nada más. Esto es, un universo de cientos de zonas paleontológicas, 68 grupos lingüísticos con 364 variantes dialectales, 31 bienes reconocidos como Patrimonio de la Humanidad, 42 614 zonas arqueológicas registradas, al menos 121 531 monumentos históricos, sin contar los miles de bienes muebles tanto históricos como arqueológicos que ascienden a millones, más los mucho más de 600 000 fotografías resguardadas en la red de fototecas, los cientos de miles de documentos sonoros, los 248 elementos de patrimonio cultural inmaterial (CONACULTA 2010), más las ecorregiones y los muchas facetas del patrimonio biocultural. Sin embargo, la academia no va sola en esto. En ello se encuentran siempre campeando los intereses nacionales, la económica general del estado-nación y claro está, el estado de las fuerzas de representación política.

Pero eso es solamente el ámbito del poder-saber, de la investigación coordinada desde las instancias institucionales-nacionales como el INAH. Los procesos de patrimonialización se desarrollan por muchos otros lados, en cualquier ámbito y en múltiples escalas. Nos guste o no, lo reconozcamos o lo obviemos, la memoria y las prácticas cotidianas de la subalternidad, y también de los grupos anti-nacionales construyen sus propias versiones de patrimonialización. Deciden qué es prudente conservar, y de hecho lo hacen. Porqué suponer que existe solamente un centro legítimo para realizar procesos de patrimonialización, solamente porque es legal.

La distinción entre legalidad y legitimidad se tensa cuando la investigación nacida desde la institución nacional no coincide con lo que la comunidad subalterna considera prudente o necesario. Existen claro está, proyectos valiosos de componer procesos sociales democráticos participativos comunitarios para conservar el patrimonio, e incluirlo sistémicamente al sistema de valores vigente, que emergen desde la subalternidad y que se consolidan, pero aún el desencuentro sigue siendo gigantesco.

Día a día en todo el país se pierden grandes porciones de zonas arqueológicas, las comunidades callan, imaginan que existe un INAH-policía que les arrebatará las tierras y prefieren borrar hasta donde pueden los contextos arqueológicos. Múltiples agentes se dedican al saqueo rural, pero también al sistemático profesional que tiende al tráfico de piezas a nivel internacional. Todos los domingos en el mercado de la Lagunilla en la Ciudad de México se pueden observar múltiples puestos que expenden entremezcladas, piezas arqueológicas con artefactos de todo tipo, síntoma de lo mucho que sucederá en otros lugares. Muchos archivos parroquiales y municipales se pierden entre cuartos húmedos e indiferencia. El grafiti abunda en la piel de la arquitectura de los conventos, de los monumentos históricos en general y también en la pintura rupestre. Las autoridades eclesíásticas pugnan a toda costa a dejar su huella en los monumentos históricos modificando hasta la absoluta transformación o la colocación en riesgo de la estructura de los inmuebles históricos. Queda claro que el patrimonio de la institución-nacional no es siempre el de las comunidades subalternas.

En las comunidades morelenses los procesos de patrimonialización se centran en las imágenes del devocionario popular, en el ciclo festivo de manera tan marcada, como diferencial frente a lo que el INAH resuelve que

debería ser patrimonializable. La pregunta es, si en realidad aún podemos ganar una batalla que parece perdida para conservar el patrimonio que los grupos subalternos no ven o no quieren ver, no cuidan o prefieren destruir o modificar. La respuesta vuelve aparentemente hasta la frase axiomática con la que iniciamos este escrito, deberíamos conocer para querer, y querer para conservar. Sin embargo, lo que queda claro es que para una gran magnitud de la sociedad, estos elementos de lo heredado no requieren ser patrimonializados. Es decir, no los quieren, eventualmente no los conocen y algunos, a pesar de conocerlos, o quizá por eso mismo, deciden que sí los quieren, pero desaparecen. Qué hay de aquel empresario culto, que conoce la calidad patrimonial de una zona arqueológica pero que es su proyecto constructivo de una nueva unidad de negocio se topa con que precisamente en el predio que pretende construir existe una zona arqueológica y decide a pesar de reconocer la importancia del patrimonio, dar pie a la destrucción apresurada.

Por otro lado, nuestro INAH a 75 años de haberse fundado, muestra una cuenta pendiente y clara frente al fortalecimiento del área de investigación. La academia se ha visto no sólo incapaz de crecer, sino que ha sido mermada en las últimas décadas. No más de 900 profesores-investigadores de base se encargan en potencia, de todo el corpus de *lo heredado* en todas las regiones del país, y no contamos con una robusta generación de reemplazo que tome a cargo en el mediano plazo las acciones que la generación que se encuentra en funciones, va dejando por falta de capacidad de asumir tal magnitud de trabajo. Miles de asistentes de investigación sin plaza quedan en el desamparo ante procesos de inclusión laboral asistemáticos y temporales. Las nuevas plazas son aún promesa pendiente de cumplimiento, ante un proceso que no sabemos si podamos revertir en algunos años de no actuar de inmediato.

La situación problemática esencial en los procesos de patrimonialización deriva de la incompatibilidad orgánica de *lo heredado* en general, con lo que las instituciones-nacionales determinan qué es preciso patrimonializar y frente a lo que las comunidades subalternas pretenden como patrimonio. Sin embargo, las problemáticas particulares se definen en el campo de las prácticas sociales de patrimonialización. En este juego de fuerzas, el INAH en sus 75 años de gestión desde lo académico, pasando por la administrativo y el área técnica y manual, ha realizado amplios avances que son el soporte de muchos de lo que ahora sabemos y hemos construido como memoria de nuestros propios procesos históricos y prácticas sociales actuales. El legítimo acceso que el INAH ha desarrollado sobre esa porción de *lo heredado* ha permitido la construcción de una parcialidades de una memoria colectiva que abona a los roles más básicos de la identidad no sólo nacional, aunque con mayor énfasis en la mayoría de los casos. Con ello se ha impedido la destrucción de mucho de nuestro patrimonio y se han resaltado muchos matices del mismo que no sabíamos que estaban aguardando a su descubrimiento. Estamos avanzados en mucho respecto con muchos otros estados-nacionales que no cuentan siquiera con una legislación y una institución dedicada a esta noble labor. La tarea incesante de muchos trabajadores en el INAH, ha abonado también a la memoria local, a las contramemorias por llamarlo de alguna manera, a esos procesos que desde la misma subalternidad surgen o son puestos como tema y situación de investigación por el investigador y lo plasma para nuestro presente con la propensión de conservación para el futuro.

Y es precisamente acá donde llegamos a la reflexión final. Para abatir los desencuentros entre los procesos de patrimonialización propuestos por las instituciones-nacionales y los surgidos desde la subalternidad será preciso construir estratégicamente desde los campos de la verdad, la validez y lo factible, acciones de medien entre los procesos de patrimonialización centrados y hegemónicos, y la diversidad de múltiples centros reconocidos de la subalternidad. Proponer la descentralización de los procesos hegemónicos permitirá la inserción de un diálogo en el que aquello que es fundamental que sea patrimonializado encuentre camino entre las propuestas subalternas de patrimonialización. El diálogo incluirá claro está, la investigación, la conservación y la difusión, pero esto no debe quedarse en la propensión de la condición afectiva de "querer para conservar", porque existen múltiples elementos del patrimonio que no porque los conozcamos a través de la investigación terminarán siendo "queridos" para su conservación. Lo relevante acá, es considerar que más allá de esa corta idea afectiva, existen elementos de lo heredado que nos guste o no, tenemos que investigarlos y conservarlos para tenerlos en memoria, para que su calidad de historia ejemplar guie nuestras acciones presentes y futuras.

Así, no basta con conocer para querer y querer para conservar; sería suficiente dialogar para consensuar y descentrar los procesos de patrimonialización, investigar para conocer, y conocer para respetar y por tanto conservar elementos de *lo heredado* que al patrimonializarse se conviertan en elementos de procesos historificantes para un mejor presente.

Bibliografía

CONACULTA
2010 *Atlas de Infraestructura y Patrimonio Cultural de México*, México.

La costumbre vs. “la Ley”, el caso de plantas utilizadas por tradición en Tlayacapan para los nacimientos

Enrique Méndez Torres

El 23 de diciembre del 2013 nos encaminamos unos amigos al barrio 3 de Mayo, ahí ya había bastante gente organizada. Lo primero que vimos a la distancia fue una casa adornada y posteriormente unas mesas con sillas, conforme nos acercábamos vimos más sillas y mesas y más gente pero en este caso la gran mayoría eran mujeres, entre adolescente y mujeres ya grandes, todas ellas haciendo diversas actividades relacionadas a la elaboración de tlacoyos, así que se podía ver en la calle diversos fogones prendidos con sus comales de barro, unos ratos llenos y otros con menos tlacoyos preparándose. En cada fogón había unas dos o hasta 5 señoras, una tina con masa de maíz, azul o amarilla, y varios contenedores más pequeños con el relleno, frijol, haba o chales, su volteador y un poco de leña para avivar la que estaba ardiendo. Más al fondo, en un patio, varios alteros de leña y a ratos un par de personas trozándola en rajas más pequeñas y amontonándolas y también se aparecía otra gente, encargado de colocarla en una carretilla para irles a surtir a las damas.

El patio de la casa albergaba también a otras cocineras atareadas en la misma labor, solo que aquí se encontraba la mayordoma, encargada de organizar la elaboración de los alimentos que se prepararían, convidarían y consumirían los diversos visitantes a la casa que esta albergando al Niñito Dios.

En la entrada de la casa, con las puertas abiertas, se ubica, en un altar elaborado a la usanza de la región de Tlayacapan con una ofrenda variada, un Niñito Dios. Pero aquí hacen falta dos elementos importantes que por tradición no deberían tardar y esta reunión es el motivo de ellos.

La gente lo que recuerda es que así ha sido siempre, pues es la costumbre, y todos los 23 de diciembre se reúne un grupo de hombres, ex profeso, para ir al cerro Grande a colectar dos tipos de plantas en específico, ambas cactáceas, y a consecuencia de su largo período de reproducción ahora están escaseando al grado que ya tienen veda por parte de la SEMARNAT. El año pasado un compañero subió al cerro a ver este proceso y nos comentó su anécdota sin ninguna novedad interesante.

A eso de las 9:15 comenzaron a salir del interior de la casa algunos señores con unas gruesas cuerdas de ixtle en sus hombros, las pusieron en la calle, las desenrollaron, comenzaron a medir y a revisar las condiciones en que se encontraban y comentaban quien había usado esa cuerda el año pasado y valoraban si estaba en buenas condiciones o no. Una vez listos comenzamos a movilizarnos en camionetas a un punto en el municipio de San José de los Laureles y ahí se dividieron las personas en grupos más pequeños para ir a distintos puntos del cerro Grande.

Así comenzamos el largo ascenso que en otra ocasión había hecho con otro miembro del equipo en busca de pintura rupestre, pero esta vez iba acompañado de gente de Tlayacapan a colectar estas especias vegetales en peligro de extinción. Ya en la parte alta, después de haber rebasado a otro grupo de personas, descansamos un poco mientras esperábamos a otros miembros de nuestro equipo y cuando estábamos listos tomamos un camino hacia el este hasta un punto donde el cerro termina y empiezan los acantilados, ahí la gente comenzó a buscar en las paredes donde había “colitas”, que es una planta de la familia de las agaváceas.

De repente comenzaron a llamar a la gente que vinieran a apoyar, ya se había descolgado una persona en busca de esta planta y necesitaban el apoyo de más gente para jalarlo y subirlo. De éste modo la gente se movilizó y ya ubicados y sabidos donde estaba su compañero comenzaron a extender la cuerda de ixtle



Hombres revisando y preparando las cuerdas para descolgarse.

y valorar por qué árbol grueso pasarían la cuerda para comenzar a jalarlo. Otra persona era la encargada de ir dando las indicaciones de cuándo jalar, cuando parar o dar más cuerda y si debían de maniobrar más despacio o no.

De este modo colectaron la primera planta, una “colita”. Continuaron revisando el acantilado y comentaron de otra, pero de menores dimensiones, y se movilaron para ese espacio. Una vez extraída y valorar que ya no había plantas en esa pared salió el señor y comenzaron a revisar en otros espacios y desde un lugar divisaron que enfrente, en otro acantilado, había otra “colita” y ahí va para abajo, sujetado del arnés de cuerda, otro muchacho.

Mientras esto sucedía le pregunte sus razones a un joven que estaba cerca y me dijo que lo hacían por gusto, desde hace años de generación en generación. Eso de descolgarse es algo que les llama la atención a algunos jóvenes, obviamente a otros no. No es algo que se pase de padres a hijos sino los que tienen experiencia descolgándose lo transmiten a los jóvenes interesados y como siempre va el padre, pues no necesitan de su permiso, eso sí, toda persona que se cuelga, esta supervisada y cuidada por todos los que van. Y también, desde que salen o días antes, algunos anuncian que se quieren iniciar en la descolgada, ya sea por gusto, curiosidad de ver que se siente y otros dicen que es bonito.

Mientras tanto veía a la distancia que algunas personas recibían llamadas telefónicas y me enteré que en la parte de abajo, donde se habían dejado los vehículos estaba la policía con las intenciones de decomisar las plantas. Noticia que no le gusto a muchos y provocó el coraje de otros, pues decían que lo hacían por costumbre, por una cuestión religiosa y que a diferencia de otros no lo hacían por dinero ni por comerciar con la planta. Ya avisados de la situación en la parte baja hicimos algo de tiempo y con solo tres “colitas” estuvimos esperando a



Mujeres preparando Tlacoyos



Sacando una “colita”

ver qué pasaba, aunque alguien llevaba un papel con un permiso aparentemente. Después comentaron que ya estaba los soldados y al parecer eso fue el tiro de gracia pues comentaron que a ellos no les importaba nada y que si tenían órdenes de decomisar las plantas, con papel o sin papel, y se presentare quien se presentare las iban a decomisar. Y comenzaron los comentarios diversos respecto a que si alguna autoridad había hablado ya con alguien, que si tenían el permiso, pero sobre todo, algunos molestos otros tristes de saber que les iban a quitar la planta. Comimos, bebimos, platicamos y después de un largo rato comenzamos el descenso para encontrarnos con vigilantes de San José que también nos llamaron la atención, no se pudo negociar nada con ellos y estaban molestos porque los de Tlayacapan venían a cortar las plantas de sus terrenos. Continuamos bajando y a pesar de que en algunos instantes se planeó tomar otras veredas para evadir a los soldados y policías y comentar las posibles rutas alternas para que no decomisaran las plantas, llegamos hasta donde estaban las camionetas y ahí nos encontramos con la policía del municipio de Tlayacapan que, efectivamente, les recogieron todas las “colitas”.

Emprendimos el regreso a pie, pues detuvieron los vehículos. Conseguimos un aventón en una camioneta que también iba para el poblado de Tlayacapan y más adelante nos encontramos con un reten donde había, efectivamente, soldados del Ejército Nacional Mexicano y personal de la SEMARNAT, detuvieron el vehículo y al ver que no llevábamos nada nos dejaron pasar.

En un día, de la segunda semana de enero, visité el espacio donde esta una imagen del niño dios y entré para curiosear qué plantas había, solo dos “colitas” y, a diferencia del año pasado, no había “cucharilla” en la pared.

Platicando con los encargados me comentaron que ahora quieren formar un grupo para ir a hablar con la gente de la SEMARNAT para que otorguen permiso a finales de este año para ir a cortar “colitas” pues es parte importante de su tradición. También ellos están preocupados por lo escaso y quieren proponer que si alguien les da las plantas ellos con gusto van a plantarlas al cerro, inclusive a colgarse de nuevo en los acantilados pues han visto que es el lugar preferido de estas plantas para desarrollarse, y que de este modo no se pierda su costumbre.



Sacando una “colita”



Ejemplares de “colitas” de distintos tamaños



el tlacuache

CONACULTA • INAH

Matamoros 14, Acapantzingo, Cuernavaca, Morelos

www.morelos.inah.gob.mx

Órgano de difusión de la comunidad de la Delegación INAH Morelos

Consejo Editorial

Eduardo Corona Martínez
Luis Miguel Morayta Mendoza

Israel Lazcarro Salgado
Raúl Francisco González Quezada

Coordinación editorial de este número: **Raúl Francisco González Quezada**
Diseño y formación: **Joanna Morayta Konieczna**

El contenido de los artículos es responsabilidad exclusiva de sus autores